

Llull en su época y en la época moderna:

La síntesis del P. Marzal

El presente artículo no tiene otra finalidad que dar un eslabón más a la cadena de lulistas, de las centurias de los siglos xvii y xviii, presentados en trabajos anteriores. Las dos centurias citadas son períodos de crisis y de lucha, períodos de alborada de la visión moderna de la ciencia, épocas de inseguridad, por no querer romper definitivamente con los elementos recibidos de la tradición, por parte de algunos, y épocas de atrevimiento también para los que pretendían implantar la nueva visión cósmica.

En ese ambiente, finales del siglo xvii, situamos al P. Marzal, franciscano mallorquín, quien, en su «Certamen Dialecticum», al analizar la teoría del término medio de Juan Caramuel, ha dejado una interpretación lulista del Arte del Maestro. El P. Marzal nos presenta una visión bipolar del pensamiento luliano. El Llull histórico, inmerso en las coordenadas de la filosofía escolástica de su época, y la flexibilidad de su doctrina, capaz de evolucionar para acomodarse a los problemas e ideas que planteaba el panorama cultural de los siglos antes señalados.

I. Los elementos del sincretismo lulista del P. Marzal

La labor analítica de los lulistas de los siglos xvii y xviii es ardua y complicada. Es difícil comprender hasta qué punto llegó su ampliación temática de la doctrina luliana y su adaptación lulista a la filosofía de la época.

Cualquier análisis que se establezca de sus obras tiene que basarse siempre sobre dos puntos fundamentales. La herencia recibida del Maestro: su espíritu amplio y armonizador por una parte, la doctrina e ideas por otra. En segundo lugar, no podemos perder de vista el momento histórico en que vivieron estos lulistas, época de crisis que motivó una tarea vindicatoria (1). Por

(1) Sobre el particular véase mi trabajo «Las tesis filosóficas en la Universidad luliana», principalmente en su primera parte: «Las directrices filosóficas del siglo xviii español» y «El ambiente filosófico de Mallorca durante el setecientos». Estudios Lulianos. N. 24, VIII, 1964.

tal motivo la figura del Iluminado Doctor se fue paulatinamente perfilando y definiendo con mayor claridad. Sin embargo, debemos encontrar aquí también la razón de una merma y una sujeción apologética, causa de un deficiente desarrollo del lulismo doctrinal.

Sólo a la vista de estos dos hechos es posible comprender y matizar la síntesis lulista del franciscano P. Marzal. Lo que se propone el franciscano mallorquín es valorizar la doctrina del Beato Llull por una parte, y, por otra, señalar su presencia en la nueva concepción lógica de Caramuel.

La doctrina de Ramón Llull es eminentemente apologética, en el sentido de convertirse en instrumento apto y valioso para el apostolado. Pretende persuadir a sus oyentes. Por otra parte, es una filosofía caracterizada por la unidad. Armonía maravillosa del intelectualismo dominico con la mística franciscana, del simbolismo lógico con la ciencia experimental del Oxford.

Los lulistas de todas las épocas aprendieron la lección del Maestro. Han intentado valorizar y armonizar el pensamiento luliano con las nuevas aportaciones del saber. En la dura, y no siempre feliz, labor, han fijado la mirada en las normas establecidas en el Arte: poseer ingenio sutil, intención recta, comprensión del problema, profundidad y asiduo ejercicio del Arte (2).

La Ciencia y la Lógica se han desarrollado siempre, a través de la Historia, en un sentido interaccionista. Siendo la segunda la que estructura el pensar científico nos parece evidente la interacción. La renovación iniciada en el Renacimiento con el «Novum Organum» implica la reestructuración de la silogística —los intentos se suceden en la Historia—; pero también lleva consigo una oposición a lo antiguo, tanto a las reglas aristotélicas y escolásticas, como al Arte de Llull.

La filosofía del Doctor Iluminado es una realidad y el lulismo un cuerpo de verdades lleno de sentido. Los lulistas encuentran sus detractores. No pueden cerrarse al avance cultural y científico. Por tal razón emprenden la tarea de actualizar el Arte luliano. Esta revisión filosófica lleva aparejada una doble postura. *Defender* la doctrina del Maestro y *reestructurarla* ante las nuevas exigencias de la época. La síntesis lulista se impone, es un imperativo en la defensa iniciada.

Es patente el valor apologético de la obra del P. Marzal. Apología personalista en defensa de Ramón Llull frente a los ataques

(2) P. MARZAL: *Certamen Dialecticum*. Palmae, 1666. En lo sucesivo, al referirme a esta obra, lo haré con las siglas C.D.

En las citas me ceñiré para la transcripción a la ortografía propia de la época a que pertenecen.

Debo hacer constar igualmente que todos los subrayados del texto son míos.

de Caramuel. Este, espíritu ávido de novedad, conocedor del pensamiento matemático de Descartes y de la física empírica de su época (3), intenta una renovación, fijándose como lema que no debe admitirse nada, sino lo fundamentado en una prueba eficaz de la razón.

El P. Marzal conoce la labor de Caramuel, se interesa por ella y la estudia. Defiende entonces los principios y reglas formuladas por Llull. Establece un análisis doctrinal para poner de manifiesto la verdad luliana. No admite fallos ni reconoce defectos en el «Opus lullianum». No duda en afirmar la importancia secular de la doctrina del Beato e incluso podemos descubrir, entre líneas, su afán por demostrar su presencia en la obra del propio Caramuel a quien critica.

La postura apologética del P. Marzal no coincide, sin embargo, con la actitud del setecientos, centrada en el P. Pascual. La posición del cisterciense es netamente *polémica*. Ataca al contrario, en este caso el P. Feijóo, sin dejar resquicio alguno a la más ligera concesión. Por el contrario, el punto de vista del franciscano es más bien *justificativo*. Critica al adversario señalando y justificando el valor de Llull. Incluso deja entrever su pretensión de que el «Novum Organum» no está tan lejos del «Ars» de Ramón. En otro orden, la pretensión del P. Pascual es rechazar la tesis de Feijóo. Situar en contra de ella la doctrina y la figura del Iluminado Doctor. El anhelo del P. Marzal es coordinador. Aspira a descubrir, entre los elementos de Caramuel, raíces lulianas. Aunque en el prólogo de su obra afirme que el lector erudito podrá devolver los dardos inflamados contra el rostro del adversario (4), se apresura a añadir que esta defensa es un certamen pacífico, no violento para nadie, y provechoso para todos (5). «Sus armas, añadirá luego, no son ofensivas ni dañinas; sino armas templadas en la fragua luliana, embadurnadas con óleo de rosas y lirios, limadas por la sutileza del Doctor Iluminado» (6).

La labor del P. Marzal es armonizadora y su técnica es arte de contrapunto. La apología del P. Pascual, y en torno suyo el setecientos, es más bien militante y su técnica, de clara intransigencia.

Expuesta la postura del P. Marzal, veamos los elementos que

(3) PASTORE: *Giovanni Caramuel di Lobkowitz e la teoria della quantificazione del predicato*, Aosta 1905.

R. CEÑAL: *Juan Caramuel, su epistolario con Atanasio Kircher, S. I.*, Rev. Fil. 12 (1953).

(4) P. MARZAL: C.D. «*Poteris, Lector erudite, ignitas adversariorum sagittas in eorum facies retorquere*» (Prólogo).

(5) Ibid. «*Certamen est, sed pacificum, nulli grave, aut importunum, sed omnibus proficuum*».

(6) Ibid. «*Arma sunt defensiva, non offensiva, in Lulliana Fornace confecta; Rosarum, Liliorum, et Chamomillae oleo linitas; profundissimo Illuminati Doctoris ingenio limata*».

integran su síntesis lulista. Al comienzo de su «Certamen» señala el franciscano mallorquín el punto de arranque de su estudio. Caramuel se burla de Llull y tiene en poco su Arte. Marzal pone las proposiciones de Caramuel a examen y pretende justipreciar la lógica luliana en relación con el pensamiento del filósofo madrileño.

Ya avanzada la crítica, nos dice el P. Marzal que Caramuel «escoto-luliza». En esta expresión, creo, podemos encontrar precisamente los elementos componentes de la síntesis apologética de Marzal. Su sincretismo lulista es una composición tricotómica. En primer término, como base de su doctrina, hallamos elementos «luliano-lulistas». Ramón Llull, unas veces directamente, otras por medio de otras interpretaciones lulistas, constituye la armazón del pensamiento del P. Marzal. Su filiación religiosa es igualmente punto de referencia. El P. Marzal es un franciscano empapado en cuestiones escotistas. El Doctor sutil es elemento aglutinador de su labor coordinadora. Por último, aprovecha de Caramuel todos aquellos elementos que no están en franca oposición con la doctrina del Maestro. Estos dan modernidad a la actitud del ex provincial franciscano.

Marzal no rechaza la renovación silogística y reconoce las imperfecciones aristotélicas. Es un espíritu abierto. Incluso está, a veces, «lulizando» a Caramuel al señalar su concordancia doctrinal con el Beato mallorquín. Después de haber analizado el pensamiento de ambos filósofos sobre las clases de demostración, pongo por caso, afirma categóricamente: «in re concordant Caramuel et Lullus» (7). Más aun; no duda en señalar que el propio Caramuel en algunas ocasiones ha renovado e innovado elementos lulianos. En la argumentación, nos dirá que el filósofo madrileño aprovechó y restableció las reglas de la combinatoria luliana (8). Otras veces la discordancia entre ambos, sobre temas concretos, será tan sólo verbal. Al tratar de las reglas generales del razonamiento, en el apartado en que discurre sobre los razonamientos en torno a la Resurrección, podemos leer que la solución Caramuel-Llull es concorde, «immutatis solùm verbis» (9).

Sin embargo no está conforme en negar los principios filosóficos básicos. Todos los escolásticos los admiten, Llull los examina para mejor comprensión; pero no pueden negarse como pretende Caramuel.

Caramuel renueva la lógica de Platón, estructurando una reducción silogística de todos los modos posibles a la «forma platónica».

Marzal admite la visión caramueliana. Afirma que Llull no

(7) P. MARZAL: C. D.

(8) Ibid.

(9) Ibid.

contradice su amplitud; no obstante, hace hincapié en la superficialidad de la combinatoria del cisterciense madrileño, contraponiéndole la lógica luliana fundamentada en principios y reglas con una base en las cosas mismas, en la realidad (10). La lógica en Llull no es un aparte de su Arte, sino una modalidad del mismo. De ahí su valor metafísico y su carácter instrumental.

Alguien ha afirmado que el P. Marzal no llegó a vislumbrar la nueva visión lógica que propugnaba Caramuel. Creo, más bien, que el problema del franciscano mallorquín frente al filósofo madrileño no es precisamente éste. No rechaza los elementos nuevos que aporta Caramuel. Lo que le interesa es justificar, entre ellos, la presencia del Arte luliano y éste no está tan lejos de la «Nueva Lógica» como órgano del saber. En el capítulo dedicado al análisis de los axiomas no duda Marzal en afirmar sin reparo que algunas reglas lulianas están presentes en los nueve axiomas formulados por Caramuel (11). Por otra parte, las discrepancias entre ambos pensadores, Marzal y Caramuel, son más bien de tipo epistemológico y metafísico, según veremos más adelante.

Sin embargo, sí creo, no se siente seguro Marzal de su propio razonamiento. Por tal razón aporta en su apoyo la doctrina del jesuita Izquierdo. Este deseaba formular un método de la ciencia armonizando el Arte de Llull con las preocupaciones de la filosofía moderna (12). El P. Marzal encuentra así el camino abierto. Escribe su obra precisamente para demostrar a Caramuel la utilidad y perfección del Arte y que su renovación no estaba tan lejos de la concepción preconizada por Llull; Arte, no cabe duda en este caso, ya tamizado por las ideas del «*pharus Scientiarum*». Aquí introduce el P. Marzal los elementos lulistas en su doctrina sincretista. Las citas del P. Izquierdo son numerosas en la obra del franciscano, empleadas, la mayor parte de veces, en apoyo de la defensa luliana.

Ello no es obstáculo para discordar del jesuita en aquellos puntos en que éste se aparta de Llull, bien sea porque son problemas no contenidos en la doctrina del Beato mallorquín, bien porque eran elementos superados por la ciencia moderna. El P. Izquierdo profundizó el Arte. Lo defendió y señaló también varios defectos técnicos, creyendo que podía simplificarse y perfeccionarse al reducir todos los procedimientos a la sola combinatoria. El P. Marzal está de acuerdo en admitir que la *combinatoria* es el núcleo

(10) Más adelante insistiremos sobre estos puntos para precisar mejor la postura de Marzal en torno a las ideas lulianas.

(11) El P. Marzal se refiere en este caso a la Regla 7.^a de la cuarta parte de la *Lógica parva* y a la Regla 50.^a de la primera parte de la misma obra.

(12) R. CEÑAL: *El P. Sebastián Izquierdo, S. J., y su Pharus Scientiarum*; Rev. Fil. 1, 1942.

y centro del Arte luliano (13); pero no todo se reduce a ella (14). Al rechazar unas proposiciones del jesuita dirá, aún más claramente, que junto a la combinatoria deben ponerse las reglas (15). El P. Marzal admite las modernas directrices de Caramuel en las que está en juego una revisión de la Lógica. Pretende la trabazón de sus concepciones lulistas, sin desligarse de los principios de la filosofía tradicional y, sobre todo, de las bases y orientaciones escotistas.

Duns Escoto es para Marzal el enlace entre Ramón Llull y las modernas doctrinas. Junto a los principios lulianos nos es fácil encontrar el apoyo del Doctor sutil. Por tal razón no dudará, dentro del espíritu franciscano, de coordinar las doctrinas de los dos pensadores medievales. Así, al hablar, p.e., del «Principio de concordancia» en el silogismo, defenderá Marzal su postura afirmativa frente a la negación del cisterciense madrileño, aportando la filosofía de Llull y de Escoto. En otra ocasión, tratando del referido principio, nos pondrá de manifiesto la identidad expositiva de Duns Escoto y Ramón Llull, dando incluso preferencia al primero. No tiene reparos tampoco de salir en defensa del franciscano medieval cuando éste es atacado en la obra de Caramuel (16).

En el curso del presente epígrafe queda insinuada una triple conclusión, conclusión que nos orienta hacia más amplias y profundas consideraciones. En primer lugar, nos toca precisar el análisis del P. Marzal respecto al Arte luliano para centrarlo en su época. En segundo lugar, matizar la postura del franciscano mallorquín ante la modernización de la silogística de Caramuel. Por último, dejar abierto un amplio interrogante en relación con el lulismo mallorquín de estas dos centurias, los siglos XVII y XVIII. Las líneas anteriores nos llevan a preguntarnos por la pureza del lulismo. ¿Constituye, en la época a que nos hemos referido, un verdadero sistema filosófico? ¿Es, por ventura, un conjunto de elementos doctrinales introducidos en otras escuelas, concretamente en el escotismo? A esto se unen los elementos de la nueva ideología. Ante éstos; tiene el lulismo individualidad propia o, por el contrario, se deja sentir doctrinalmente su imperso-

(13) P. MARZAL: C. D. «Artista autem generalis conclusionem deducit ex mixtione principiorum generalium, et regularum; quae est centrum et subjectum Artis generalis (pág. 123).

(14) Ibid. «Debet notare... combinationem seu mixtionem esse potissimum instrumentum Artis lulliane, caetera verò, quae in Arte discutiuntur subordinari combinationi praedictae, quae est centrum Artis» (pág. 407).

(15) Ibid.: «Et quamvis... combinatio terminorum fit centrum et subjectum Artis generalis, necessariae sunt regulae lullianae» (pág. 406).

(16) Estas afirmaciones pueden comprobarse en C.D. págs. 145, 146 y 88.

nalidad a pesar de existir una escuela lulista en la Universidad mallorquina? (17).

II. *La crítica del P. Marzal al Arte luliano: el Llull histórico*

La crítica del P. Marzal al Arte luliano está implícita en la duplicidad sintética expuesta en el epígrafe anterior. De su aspecto apologético se pueden deducir la utilidad y excelencias; de su sincretismo doctrinal, el valor científico y técnico.

Para el P. Marzal el punto clave de arranque de toda interpretación del «Ars» está en comprender que es un medio racional para convertir hombres, para misionar al infiel; no simplemente un arte de inferior proposiciones, de estructurar silogismos. Es un arte práctico de carácter transitivo, revelado a Ramón en el monte de Randa mientras rezaba por los infieles, según expresión del propio Marzal. Su campo es amplio y su temática compleja y multiforme; pero todo ello reductible a un pensamiento capital: Que mediante un conjunto de principios humanos, basados en los efectos reales, en las cosas, se urdiese un sistema de raciocinios conformes con los datos de la fe. De ahí su matiz filosófico-teológico, aparte de la dialéctica en él implicada. Esto no puede olvidarse si no se quiere caer en una visión parcial y fragmentaria. Idea central y originaria que será más tarde estudiada y desarrollada en amplios comentarios (18).

(17) No creo sea tiempo todavía ni éste el lugar apropiado para dar una respuesta satisfactoria al problema planteado. Es labor para un más amplio estudio próximo.

(18) El P. Marzal nos da un catálogo bastante completo del (Opus lullianum). Afirma que Ramón pasó de Randa al Monasterio de S. Bernardo, donde ordenó la primera y más breve Arte, dividida en nueve partes. Después de ésta cita el P. Marzal: (Lullus multas alias subtilissimas Artes scripsit; videlicet: A. Demonstrativam, Compendium Artis demonstrativae. Introductorium ad Artem demonstrativam. A. Compendiosam inveniendi veritatem. A. Inventivam veritatis, Tabulam generalem, Comentarium in easdem. Gramaticam brevem, Aliam speculativam. Logicam novam, Arborem logicalem, quae Logica parva vulgo dicit, Aliam logicam brevem; et multos alios libros de omni materia, etiam ad Fidem Christi suadendam, et explicandam composuit» (C.D. pág. 90).

En otra ocasión advierte el P. Marzal que en el libro «De Fine», publicado en Palma en 1665, se enumeran veinticinco artes especiales. Más adelante recomienda tres lógicas lulianas con sus correspondientes ediciones: «Logica nova, Logica parva, Logica brevis» (C.D. pág. 5).

Junto al catálogo luliano nos cita Marzal sus obras lulistas. De la combinación de principios y reglas nos habla «In scholiis Artis Brevis», escritos para los escolares en 1642. En 1643 escribió para estos mismos escolares unas lecciones sobre el Arte Magna. En 1645 publicó una edición del Arte General. En ella incluye notas marginales e índices. Esta edición comentada es la que usa para la interpretación de sus ideas en el Certamen Dialecticum.

El Arte de Llull es, resumiendo, método de la razón para convertir infieles, estructurado sobre principios filosóficos con base metafísico-teológica. Su carácter racional implica, en consecuencia, una conversión de proposiciones y una formulación de razonamientos. Por tal motivo, Ramón, al buscar la utilidad y provecho moral de los hombres, pretende también su perfeccionamiento intelectual. Así la finalidad del «Ars» es doble: método racional de apostolado y metodología científica general.

Con lo dicho aparece ya claro que el Arte es doctrinalmente más amplio que la Lógica. El primero es una sistematización de la ciencia; la segunda, un «organum» del saber. Esto mismo aclara Marzal, haciendo referencia concretamente a la lógica de Caramuel, al aplicar las distinciones establecidas ya por el propio Llull. La primera nota advierte que la Lógica saca la conclusión de dos premisas verdaderas, incluso, a veces también, de una falsa o de dos falsas (19); el Arte concluye a causa de la mixtión de los principios generales y reglas. La segunda diferenciación precisa que la Lógica es inestable puesto que trata de las segundas intenciones; el Arte es estable porque habla de las primeras intenciones por medio de la segunda regla «Quid», pero también de las segundas intenciones mediante las reglas tercera y cuarta (20). Además, el Arte es de una amplitud superior y, aunque parezca paradoja, de mayor simplicidad, dado que la inmensidad de la Lógica se reduce en él a enseñar la conveniencia o no conveniencia de los términos con los principios generales y reglas, su conexión o discordancia, su inclusión o exclusión.

De esta mayor amplitud y generalidad deriva su fecundidad. Es un medio para resolver cualquier problema propuesto o cualquier cuestión dudosa. El P. Marzal aporta varias razones, que podemos leer entre líneas, a través de toda su obra.

Es la lógica luliana fecunda por ser compendio de todas las ciencias. En consecuencia, exige menor esfuerzo y mayor facilidad para el conocimiento y aprendizaje de las demás. Ello no implica convertirla en la suma de todos los saberes científicos, como veremos más adelante. En segundo lugar, en el Arte la

(19) Marzal al formular esta afirmación tiene a la vista la lógica de Caramuel, cuyas tesis sobre la conclusión resume: *Theses Caramuelis: Prima sit. Bene argumentatur qui ait. Syllogismus est legitimus; major et minor sunt verae. Ergo consequentia etiam vera. Patet; quia ex veris falsa inferri non possunt.* — *Secunda sit. Benè etiam, qui ait. Syllogismus est bonus; et tamen consequens est falsum; Ergo vel utraque; vel saltem altera praemissa est falsa: At major est vera; Ergo minor est falsa. Vel fortè, At minor est vera; Ergo major est falsa: Patet quia falsum non nisi ex falso infertur.* — *Tertia sit. Malè argumentatur, qui ait Antecedens est falsum; Ergo et consequens. Item qui: Consequens est verum; Ergo et antecedens; Patet; quia e falsis saepissimè inferuntur vera»* (C.D. pág. 71).

(20) C.D., pág. 146.

multiplicación de silogismos es patente. En efecto, la Lógica, en un silogismo real, reduce una consecuencia y varias subconsecuencias, cuyo silogismo puede ser reducido «intencionaliter» a varios modos. El Arte, usando la mixtión de principios y reglas, establece una multiformidad «realiter» del silogismo (21). En el caso concreto que nos ocupa, la exuberancia de Llull frente a la silogística de Caramuel es manifiesta para el franciscano mallorquín (22). Por consecuencia, el uso de combinaciones es abundoso. Tal afirmación del P. Marzal es contraria al P. Izquierdo, quien pretende señalar en el Arte luliano simplemente combinaciones binarias y ternarias (23). Por último, los anagramas son más numerosos en el Arte que en la Lógica (24).

La utilidad del Arte es clara. No obstante puede ser tergiversada si excede los límites que requiere toda ciencia. En tal caso es realmente un abuso. Como ejemplo de ello cita el P. Marzal la argumentación de Caramuel al sacar consecuencias indebidas del célebre «argumento escotista» sobre la virginidad de María, argumentación caramueliana contraria a las exigencias de la regla general del Arte.

La utilidad va emparejada con una evidente practicidad. El Arte luliano no es una estructuración puramente idealizada y abstracta, sino también una concreción analítica de la realidad. La «Lógica nova» no es sino una ampliación de los principios generales a las materias singulares.

La apología del P. Marzal nos ha manifestado las excelencias del «Opus lullianum». Se requiere un análisis más profundo para penetrar el meollo de la concepción marzaliana del «Ars». Señala el exprovincial franciscano un doble aspecto dentro de la unidad total de la obra luliana. El valor metafísico de la lógica de Llull marcha paralelo a su carácter instrumental. Para Marzal el Arte general no es sino una estructuración de principios supremos de los que se extraen otros principios subalternos mediante un cálculo conceptual. La metafísica y la técnica lógica se han hermanado en perfecta unidad.

Repasemos los textos del «Certamen» para precisar la concepción bipolar del P. Marzal.

El problema de Llull, afirma Marzal, es dar respuesta a los interrogantes sobre Dios, ángeles, cielo hombre, imaginativos, sen-

(21) Ibid., pág. 124-125.

(22) C.D., pág. 146.

(23) C.D., pág. 404.

(24) C.D., pág. 124. Para comprender el término «anagrama» leamos las distinciones que nos da el P. Marzal al principio de su obra, empleando las palabras de Caramuel. «In Proteo mutantur dictiones integrae; in motu locali corpora integra: in Anagrammate literae, sive dictionis partes; et in Situ corporis partes ut enim ludit in litteris Anagramma, sic in integris vocibus Proteus (pág. 12).

sitivos, elementos, instrumentos. Bajo éstos, los accidentes naturales y morales. El universo luliano es completo.

Esta concepción exige una completa latitud y una entera profundidad. La primera nota señala un carácter objetivo a la visión luliana. Es la realidad entera lo que se pretende abarcar. La segunda, manifiesta el matiz científico. Es un conocimiento radical y profundo de la realidad total. El «Ars» es ciencia metafísica, no un simple «Organon» para las ciencias.

El razonamiento del P. Marzal es bien sencillo, pero claro y preciso. El Arte luliano es una *combinatoria*. Afirmación concorde con el pensamiento caramueliano. Pero al instante se apresura a añadir algo más, punto clave de diferenciación. Para el primero, junto a la combinatoria están los principios y reglas. El Arte no es sólo arte combinatorio, no es pura lógica formalista de palabras y signos, como lo es la de Caramuel, según la interpretación marzaliana. El «Ars» es ciencia metafísica de tipología intelectualista ya que los principios tienen un fundamento «in re», en las cosas mismas. Los conceptos y sus relaciones no son independientes del ser de las cosas.

En el capítulo «De Demonstrabilibus» el P. Marzal pone frente a frente la concepción de Llull y Caramuel. Con ello precisa el carácter de la ciencia luliana.

Caramuel fundamenta la ciencia en el criterio de *certeza o infalibilidad*. Niega que la necesidad y universalidad sean caracteres constitutivos del pensar científico, a menos que se interpreten como nombres distintos de la nota antes señalada. Siendo así, cabe ciencia lo mismo de lo universal que de lo singular.

A juicio de Marzal, Caramuel confunde indebidamente la necesidad con la infalibilidad. Precisa luego, que, a pesar de la contingencia inherente a los seres, es posible establecer un nexo necesario entre las relaciones causales. Por esto afirma que los efectos de las causas naturales son producidos necesariamente por éstas mismas. Más aún, incluso lo que es contingente en su ser puede ser necesario en su comprender (25). La infalibilidad o certeza no es punto base y fundamento de la ciencia, sino consecuencia de la necesidad de los nexos causales. Queda así el P. Marzal dentro de la corriente tradicional que considera a la ciencia como un conocimiento demostrativo por sus causas. Por tal razón afirmará que lo singular es, sí, inteligible; pero no demostrable (26). Dirá Marzal que la inteligibilidad de un ser es algo que depende del ser mismo, bien en cuanto depende de su esencia, bien en cuanto dice relación a su existencia (27); mientras que la comprensión o demostrabilidad del mismo implican al mismo tiempo un matiz subjetivo en tanto dice relación al sujeto. No está en el

(25) C.D., pág. 250.

(26) C.D., pág. 235.

(27) C.D., pág. 238.

sol, ejemplificará el franciscano, la imposibilidad de verlo o la imposibilidad de ver en la noche, sino en los ojos del sujeto (28). Según lo dicho, el cosmos será un conjunto de causas naturales ordenadas a establecer una unidad armónica y totalitaria. De ahí la afirmación de que las causas están «applicatis et determinatis ad unum» (29). De ahí igualmente el carácter objetivo que atribuye el P. Marzal a la ciencia.

No conforme con la concepción caramueliana se atiende a la doctrina de Llull en quien se resume —no se cansa el P. Marzal de repetirlo—, el pensamiento de los peripatéticos. Para uno y otros todo conocimiento científico parte siempre de principios verdaderos, reales y necesarios. Ramón Llull exigirá para todo silogismo demostrativo o científico proposiciones verdaderas, necesarias, primarias y coesenciales. Principios, dirá metafóricamente Marzal, que son como la puerta en una casa (30).

La interpretación marzaliana pondrá de manifiesto un doble aspecto de la ciencia. En Llull, tradicional, de carácter objetivo, y la exposición es una explicación. Es una captación del ser tanto más inteligible cuanto más denso sea ónticamente. Es ciencia de lo general, puesto que en ella se encuentran lo necesario y la relación causal. En Caramuel descubrirá una concepción cartesiano-moderna con raíces nominalistas y cuya explicación es de tipo descriptivo. Es una preocupación por ideas racionalmente claras. Es una búsqueda de la conexión de los fenómenos.

El «Ars Magna» de Llull y su interpretación marzaliana se ajustan a la concepción filosófico-tradicional. El Arte es ciencia porque está estructurado y fundamentado en principios generales y verdaderos, cargados de ser, «contra quae, afirma Marzal, nulla valet instantia» (31). Es universal porque sus principios y juicios son universales. Está embebido de necesidad porque las relaciones deductivas entre ellos son de carácter necesario.

Intentemos justificar tal afirmación:

1.º El P. Marzal, al resolver las objeciones del P. Izquierdo, afirma claramente que el Arte luliano «est potissima ars universalis» (32). Las ciencias, nos dirá en otra ocasión, son casos concretos y particulares contenidos en el universal. Ahora bien —este es el razonamiento de Marzal—, el entendimiento no sacia su deseo irresistible de verdad en los casos concretos, sino exclusivamente en la universalidad de los principios generales. Se precisa pues del Arte para que regule las ciencias por una parte y aquiete y apacigüe el ansia intelectual por otra (33).

(28) C.D., pág. 235.

(29) C.D., pág. 219.

(30) C.D., pág. 234.

(31) C.D., pág. 119.

(32) C.D., pág. 405.

(33) C.D., pág. 120.

De esta primera característica se derivan dos consecuencias:

A. En primer lugar, que el Arte es fundamento de las ciencias. Afirma el P. Marzal contra el P. Izquierdo que los lulistas no pretenden sacar unas ciencias particulares por la sola combinación de términos, sino que, siguiendo al Maestro, todos los principios y cada una de las ciencias particulares puedan y deban ser fundamentados y comprobados en y por los principios generales del Arte. Estos son trascendentes y están implícitos en los particulares (34). En otra ocasión nos dirá que los principios generales deben especificarse bien por conexión, bien por remoción (35). A esto añadirá que los principios generales se especifican por las diferencias específicas propias de los sujetos singulares (36).

Plantea así el P. Marzal el problema de las relaciones de la Filosofía y de la Ciencia desde el ángulo del objeto formal. En realidad, sólo podemos hablar de ciencias particulares relativamente. La expresión exacta sería artes particulares. Estas son modalidades del Arte, restricciones que limitan los principios generales a un tipo determinado de saber (37). Por tal motivo Marzal, al tratar del «*Ars brevis*», afirma que su finalidad está en que el «*Ars Magna*» sea más fácilmente aprendida, y, una vez sabida ésta, puedan ser aprendidas y sabidas más fácilmente las *otras artes*. La razón de ello estriba en que el Arte, más que una ciencia entre otras, es, en realidad, la forma más perfecta de ellas. En apoyo de la distinción aporta el P. Marzal las palabras de Llull considerando al Arte como medio más perfecto de saber, mientras que «*medium earum est imperfectum, sine ista scientia*» (38). Esta distinción luliana es de neta raigambre aristotélica al distinguir entre filosofía primera y filosofías segundas (39).

B —La segunda consecuencia es que el Arte se presenta como un saber de la totalidad; no una enciclopedia de las ciencias. El P. Marzal se preocupa para que esto quede claro. No es una suma de conocimientos subalternos, sino un saber de los primeros principios objetivos de la realidad. Los principios de las ciencias son principios objetivos de la realidad. Los principios de las ciencias son principios subalternos y, por tanto, derivados. Por tal motivo

(34) C.D., pág. 408.

(35) C.D., pág. 223.

(36) C.D., pág. 350.

(37) El problema de la distinción entre Filosofía y Ciencia solamente es posible aquí comprendiendo que el Arte y las Artes coinciden precisamente en esto: en ser Arte. No era posible en la época de Llull establecer una formal distinción entre conocimiento filosófico y saber meramente científico. El P. Marzal dándose cuenta del problema se ciñe a la doctrina luliana.

(38) C.D., pág. 119.

(39) *Met.*, V, 1, 1026 a 27.

dependientes de otros fundamentantes. Presenta aquí Marzal la cuestión del objeto material de la Filosofía y la Ciencia.

2.º La segunda nota que atribuye Marzal al Arte, considerado como ciencia, es la necesidad. En párrafos anteriores hemos comprobado que la ciencia luliana no era sino un proceso deductivo desde unos principios generales hasta una consecuencia concreta y determinada. Un descenso dialéctico en sucesivas concreciones. Añadimos ahora que estas relaciones deductivas entre los juicios son de carácter necesario. El P. Marzal, comentando un texto de Llull en el que dice que los principios particulares aparecen en los generales como la parte se aplica al todo, manifiesta claramente la nueva característica.

Empieza afirmando que este «todo» de que nos habla Llull debe entenderse como «todo potencial», puesto que los principios particulares se precisan, se determinan, se estructuran y se componen con él formando una unidad. Por tal razón, en este «todo», los principios generales son necesariamente primeros, mientras que los especiales son posteriores. Insiste Marzal recordando que, así como del antecedente se sigue necesariamente el consecuente y de la negación del consecuente deriva la negación del antecedente, de la misma manera existe una regla infalible y necesaria, la de que no hay principio alguno de la ciencia especial que pueda subsistir y ser verdadero, si no ha sido derivado y esté contenido en los principios generales del Arte (40). Otras veces sustituye el término «todo» por universal, afirmando que el particular se contiene y deriva necesariamente del universal, de tal forma que es imposible aquel si negamos los principios generales (41).

La explicación más profunda y el fundamento de esta epistemología luliana es, según el P. Marzal, de tipo teológico. Aparecen aquí elementos netamente platónico-patristicos. La doctrina platónica de la participación con el matiz agustiniano-franciscano del ejemplarismo se deja sentir ahora como clave de la crítica marzaliana del «Ars». El Arte es una participación humana de la sabiduría divina. El Arte luliano, dice Marzal, es el *ejemplar* de las ideas divinas. Para probarlo formulará este razonamiento: La verdad de todas las cosas está contenida en las ideas divinas y nosotros sólo conocemos aquellas que Dios se ha dignado manifestarnos. Ahora bien, puesto que Dios reveló a Llull el Arte general y en él manifestó un ejemplar de las ideas divinas, podemos mediante el Arte y la combinación de principios y reglas, examinar todas y cada una de las verdades. No hay verdad que esté oculta a los que saben leer conforme al Arte y mediante éste no pueda ser explicada de un modo apropiado la bondad divina

(40) C.D., pág. 121.

(41) C.D., pág. 253.

y de un modo eminente, el contenido de las ideas divinas de las cuales es ejemplar (42).

La fundamentación de lo dicho la encontramos en la coincidencia de los principios del Arte en Dios y las criaturas, coincidencia de participación, dado que estos principios se unen con unidad de naturaleza en cada una de las entidades creadas, contingentes por creación, no sólo en razón de la manifestación libre de Dios creador, sino en razón de la esencial dependencia del mundo y de cada una de sus partes de Dios, infinitamente perfecto, uno en esencia y Trino en personas (43). Aquí está también la diferencia entre Dios y la criatura, pues en el primero son aquellos, todos iguales con identidad de simplicidad y de unidad simple, mientras que en las criaturas se unen necesariamente y se contienen en cada uno unitivamente, no por necesidad de ellos mismos como creados, sino de la dignidad del creador, ya que en las criaturas son separables por su distinción real.

Tales principios concurren, «ad intra», con igualdad suma, a la generación del Hijo y a la procesión del Espíritu Santo; «ad extra», respectivamente, a la generación de cada uno de los entes creados (44). Estas obras divinas «ad extra» son producidas por la indivisa Trinidad, de tal forma que cada ente creado se constituye en sí mismo con tres correlativos innatos (tivum, bile, are) a semejanza de la Trinidad indivisa (45). De ahí, que afirme Marzal, siguiendo al Maestro, que toda verdad creada depende de Dios y está contenida en las reglas eternas (46). La criatura es la sombra de Dios y una semejanza deficiente del mismo (47).

Esta unidad metafísico-teológica establece igualmente una unidad gnoseológica. En primer lugar, a causa de estos correlativos constituidos en unidad individual en cada ser, es posible pasar y mezclarse por su semejanza unos seres con otros. Aunque no es posible en la realidad separar cualquier entidad simple, dado que no puede ser creado un ser sin que con él sean creados los correlativos innatos, formando unidad de composición con los principios del Arte, sí, es posible considerar intelectualmente cualquier entidad simple e incluso los mismos correlativos separadamente de otras entidades componentes. Queda esbozado así el fundamento de la abstracción. En segundo lugar, estos correlativos permiten saltar de las operaciones «ad extra» a las operaciones «ad intra», en el seno de Dios en el que todas las cosas son uno (48).

(42) C.D., pág. 307.

(43) C.D., pág. 230.

(44) C.D., pág. 230.

(45) C.D., pág. 230.

(46) C.D., pág. 297 y 307.

(47) C.D., pág. 194.

(48) C.D., pág. 231.

Tenemos aquí el proceso epistemológico de ascenso como base de la demostración de la existencia de Dios (49).

Llegamos con esto al mismo punto de donde habíamos partido al señalar el valor filosófico-teológico del «Ars».

Decíamos anteriormente que el valor metafísico del Arte marchaba paralelo a su carácter instrumental. Este es el segundo aspecto que deja entrever la crítica marzaliana. El Arte de Llull no sólo es ciencia teórica, sino también arte. No sólo es teoría combinatoria, sino al mismo tiempo técnica de la combinación. Este segundo aspecto constituirá la materia del epígrafe tercero.

De esta sencilla exposición de la crítica marzaliana podemos sacar una aportación más al problema de las fuentes y filiación de las ideas lulianas. Son muchos los lulistas que han dedicado sus estudios al contenido doctrinal del «opus lullianum», buscando nuevos datos, comparaciones y coincidencias que puedan fundamentar la verdadera tesis del origen del pensamiento del Maestro. Las opiniones y soluciones del problema son variadas (50).

No cabe duda que el P. Marzal, al insistir constantemente en su «Certamen» sobre la concordancia de Llull con el pensamiento platónico-aristotélico, con los Santos Padres y maestros medievales, nos aporta nuevos datos que pueden servir, aunque a veces indirectamente, en esta sutilísima cuestión que nos ocupa. Es evidente también que no entra en el propósito del P. Marzal señalar los diferentes textos de coincidencia entre Ramón, Aristóteles, Platón, Agustín o los Maestros medievales. El franciscano mallorquín lo que quiere hacer constar claramente frente a Caramuel es que la doctrina de Llull no rompe con la tradición filosófica griego-medieval.

Del análisis del «Certamen dialecticum» se puede deducir la doble orientación del P. Marzal respecto a las coincidencias de Llull con los pensadores antes señalados. La primera, de tipo terminológico. La segunda, de carácter temático y doctrinal.

1.º El P. Marzal afirma que Ramón, conservando la *misma terminología peripatética*, emplea los principios verdaderos y necesarios del Arte para formular una sana Dialéctica, una sincera Filosofía y una verdadera Teología (51). Los conceptos y vocablos escolásticos de entidad, potencia, acto, materia, forma, substancia, accidente, etc., los usa muchas veces Marzal en su obra y los atribuye igualmente a Ramón Llull.

2.º La segunda dirección apunta una coincidencia en cuestiones temáticas y doctrinales:

(49) Dejo para otra ocasión el tratar más ampliamente el presente tema.

(50) La bibliografía sobre el particular es extensa y perfectamente conocida, lo que nos dispensa de citar aquí autores y obras.

(51) C.D., pág. 222.

A —Ramón demuestra una conformidad con los peripatéticos en su «Logica nova», capítulo primero y duodécimo, sobre los temas de la proposición y condiciones del silogismo demostrativo y probable (52). Afirma, contra Caramuel y en correspondencia con Aristóteles y Santo Tomás, la verdad y evidencia del principio de tercero excluido (53) y el carácter necesario del axioma: «omne quod est, dum est, necessariò est» (54). La doctrina luliana y tomista de la demostración «propter quid» y «quia» es la misma, a parte que añade Llull su demostración «per aequiparantiam» (55). Señala la correspondencia entre Ramón y San Agustín y Boecio sobre la cognoscibilidad de los principios evidentes «per se» (56).

B Más profunda que esta igualdad temática es todavía la correspondencia doctrinal, por ejemplo, en la fundamentación y explicación filosófica del silogismo y de sus facetas discursivas. Con Santo Tomás entenderá Ramón que la idea universal ha de ser concebida en vistas a las cosas singulares y que las ideas universales son el principio de la ciencia, según hemos señalado más arriba (57). En otra ocasión, hablando de la «forma platónica» del silogismo dirá categóricamente Marzal que ésta concuerda con la doctrina luliana del Arte. Fundándose en las cosas naturales, va desde las más conocidas y fáciles a las menos conocidas, siguiendo en el discurrir un progreso uniforme (58). Recuérdese a este respecto cualquier diagrama de una diairesis platónica.

No obstante los elementos fundamentales, puestos de manifiesto en el análisis de la crítica marzaliana, de la correspondencia luliana con el pensamiento griego-medieval son: a) el realismo subyacente en el pensamiento del Beato; b) el fundamento eminentemente teológico de la ciencia de Ramón.

a) La filosofía medieval es una preocupación por saber lo que las cosas son. Lo primero es el ser y el substrato que hace que la cosa sea tal. El pensamiento medieval es un pensamiento de sustancias y esencias. Es un pensar sustantivo en el que los conceptos no son sino los correlatos intelectuales de las esencias inteligibles de las cosas. Para Ramón los conceptos no son independientes del ser de las cosas. Hemos comprobado en páginas anteriores la insistencia de Marzal en darnos a comprender el carácter realista de la ciencia luliana en contraposición a la concepción caramueliana, un tanto nominalista, del saber. Por tal motivo hablará el P. Marzal de conceptos quiditativos (59), estableciendo,

(52) C.D., pág. 221.

(53) C.D., pág. 88.

(54) C.D., pág. 200.

(55) C.D., pág. 196.

(56) C.D., pág. 234.

(57) C.D., pág. 119.

(58) C.D., pág. 94.

(59) C.D., pág. 273.

sobre el ejemplo de la «humanidad de Pedro» una serie de distinciones sobre el concepto de «humanidad» (60). En otra ocasión nos hablará, con motivo del principio de correspondencia de los extremos con el medio, de la correspondencia real e intelectual de los individuos con las especies (61).

b) No obstante, este realismo tiene una raíz netamente teológica. La teoría luliana del conocimiento, si bien se fundamenta en las cosas, en la realidad de las mismas, las considera como irradiaciones de las perfecciones de la divinidad.

Nace en la Edad Media la Teología como ciencia capital, hasta tal punto de ser la que descubra la más profunda realidad del cosmos. El hombre se apoya en su fe para presentar la visión del mundo, situando a Dios en el centro. Infeliz, dirá San Agustín, el que sabe muchas cosas, pero desconoce a Dios (62). Por tal razón, las cosas todas del universo se presentan con una nueva dimensión: la conexión del cosmos con la divinidad. Refiriéndose a este problema en Santo Tomás, escribirá Grabmann que el punto central del sistema tomista es la idea de Dios. El conocimiento de un Dios trascendente, personal, es el soberbio coronamiento de la metafísica (63).

Lo mismo que los maestros medievales y toda la tradición patrística, Ramón Llull presentará fundamentalmente sus ideas filosóficas sobre una firme base teológica, hasta tal punto que es imposible entender aquéllas si se olvida ésta. Así nos ha presentado, según lo anteriormente expuesto, a Llull el P. Marzal, como forjador de una ciencia unitaria, de una metafísica de lo creado que, con sutil dialéctica, nos lleva a los misterios de la vida íntima de Dios, como cumbre de la especulativa teológica. Nos ha mostrado Marzal el trinitarismo luliano como sistematización de la ciencia del Beato. Hemos comprobado que la idea de unidad y la nota trinitaria eran imprescindibles en la epistemología del Maestro, expresada en conceptos y vocablos escolásticos.

Es Llull, concorde con el pensamiento griego y con la filosofía cristiana de los Santos Padres y de los escolásticos del medioevo, es el que constituye la armazón de la doctrina marzaliana de oposición a las ideas de Caramuel. Pero el P. Marzal considera al lulismo también como un cuerpo vivo de doctrina. Por tal motivo hace evolucionar el pensamiento luliano para descubrir y justificar su presencia y modernidad en la obra del cisterciense madrileño. Marzal sabe también el paralelismo de la filosofía del Maestro Ramón con las ideas franciscanas. Aquí encontrará el punto de arranque de su pretensión. Por ser franciscano es esco-

(60) C. D., pág. 163 y Marzal, *Lectura Artis Magnae*, part. III, cp. I.

(61) C.D., pág. 153.

(62) S. AGUSTÍN: *Cofes.*, IV, 4, n. 1.

(63) M. GRABMANN: *Santo Tomás de Aquino*. Barcelona, 1930.

tista y lulista al mismo tiempo (64). Esta síntesis personal pretenderá justificarla doctrinalmente. De ahí las constantes citas de Escoto que aparecen en el «Certamen» en apoyo de la doctrina de Llull. Desde esta base avanzará seguro el P. Marzal, siguiendo por escolásticos más modernos, hasta llegar a la obra del P. Izquierdo, último eslabón de la cadena para poner a Llull en relación con Caramuel.

III. *El P. Marzal, intérprete del Arte y la Lógica: Modernidad de R. Llull*

Si en el apartado anterior hemos podido vislumbrar las raíces históricas del pensamiento luliano, podemos ahora, a través de la interpretación marzaliana, sugerir la presencia del Arte de Ramón en la ciencia moderna, justificando la doctrina luliana en la silogística de Caramuel.

En el siglo XVII, Juan Caramuel, enamorado de la matemática, reacciona violentamente contra la autoridad de Aristóteles. Su postura afecta a la Lógica e intenta una estructuración nueva de la silogística basándose en la que llama «forma platónica». El P. Marzal conoce la labor del filósofo madrileño. La estudia y analiza las posibles consecuencias que puedan afectar al pensamiento luliano.

Nuestra labor en el presente apartado será doble. Primero, mostrar cómo ve el P. Marzal a Juan Caramuel y su renovación lógica. Segundo, cómo se presenta la doctrina del Maestro Ramón ante las nuevas ideas.

Al señalar los orígenes de la nueva lógica se busca el punto de partida en la filosofía de Leibniz. Cuando se inquieren los precedentes de la «característica universalis» del filósofo alemán, unos se detienen en ciertos textos de la *Metafísica* del Estagirita, mostrando la perfecta analogía formal de la definición y el número, fijándose en la manera de descomposición de sus factores primos (65). Otros señalan la forma posterior de la dialéctica platónica en la que se concebían las ideas como números (66). Muchos, sin embargo, al analizar el concepto en cuanto a su comprensión, encuentran en Llull el primer origen directo de la «característica». Dicen que formuló una combinatoria de conceptos, sacada de ciertas propiedades estructurales de la comprensión conceptual, cuya imagen es posible traducir en una combinatoria

(64) Recuérdese mi trabajo: *Las tesis filosóficas en la Universidad Luliana*. Est. Lulianos. VIII, 3, 1964; IX, 1, 1965 y 2, 1965.

(65) SÁNCHEZ MAZAS, M.; *Sobre un pasaje de Aristóteles y el cálculo lógico de Leibniz*. Rev. Filosofía, X, 38; 1951.

(66) HIRSCHBERGER: *Hist. de la Filosofía*, t. II. Barcelona, 1956.

de tipo aritmético (67). Modernamente los estudios del P. Ceñal proclaman al P. Izquierdo, comentador de Llull, como el precursor próximo de Leibniz (68).

Nada más lejos de la verdad que considerar la doctrina de Ramón Llull, junto con la mentalidad realista, opuesta a la lógica contemporánea, por el simple hecho de no acomodarse a la teoría de los juicios de relación o a la teoría de las clases (69). Seguro que el pensar medieval y el de la Edad Moderna son diferentes. El primero es sustantivo, el segundo es fenoménico, como hemos señalado en el apartado anterior. Pero es cierto también que la lógica de hoy es algo más que una simple tendencia neopositivista o una pura reducción de cantidades. Es falsa la concepción de la lógica moderna como pura combinatoria en la que se hace abstracción total del sentido eidético de los signos. Al contrario, es una ciencia axiomatizada y formalizada (70). En tal sentido Ramón Llull no está tan lejos del «Novissimum Organum», sobre todo en la interpretación marzaliana, precisamente al oponerlo a la visión de Caramuel quien, aunque opuesto al «Organon» aristotélico y escolástico, no queda en realidad desligado totalmente de la tradición.

El P. Marzal nos presenta a Caramuel como un *antiaristotélico* y *antiescolástico*. El solo hecho de sustituir las figuras del silogismo por la llamada «figura platónica» es evidentemente significativo. La revalorización de Platón es una nota característica de las nuevas corrientes filosóficas de la época (71).

A parte del hecho concreto, las citas del P. Marzal son claras. El silogismo perfecto es la «forma platónica», mientras que las figuras del Estagirita no son más que una simple metamorfosis de aquélla (72). Si quieres ser pobre, dirá Caramuel, basta seguir los razonamientos de Aristóteles; si, por el contrario, quieres sobresalir imita la forma platónica (73). Para Marzal, Caramuel considera la lógica modal de Aristóteles, al igual que la de los peripatéticos, limitada e incompleta, puesto que sólo conocen tres modos secundarios entre los muchos que pueden señalarse (74). En contra, además de los términos modales enumerados por el

(67) Los trabajos sobre el presente tema son abundantes, lo que nos libera de citar aquí una serie de obras.

(68) R. CEÑAL: *El P. Sebastián Izquierdo y su «Pharus Scientiarum»*. Rev. Fil. 1, 1942.

(69) ROUGIER, LOUIS: *La Metaphysique et le Langage*. París, 1960. No puedo detenerme ahora en analizar el pensamiento del profesor francés, sino simplemente citar su intervención en el problema planteado.

(70) BOCHENSKI: *Los métodos actuales del pensamiento*. Madrid, 1962.

(71) Téngase presente lo que ya expuse sobre el particular en «Las tesis filosóficas en la Universidad luliana». Est. lulianos VIII, 3. 1964.

(72) C.D., pág. 28.

(73) C.D., pág. 8.

(74) C.D., pág. 19.

filósofo griego, señala otros nueve (75). En otra ocasión, añadirá Marzal, que, para el cisterciense de Madrid, los peripatéticos intransigentes piensan que nada hay verdadero que no haya sido dicho por su maestro, nada falso que no haya sido señalado por él.

En segundo lugar, Caramuel es, para el P. Marzal, *un innovador*. El desprecio de los antiguos y medievales lleva aparejada esta nueva modalidad. Siguiendo la norma cartesiana, Caramuel rechaza la tradición y admite sólo, al menos teórica si no prácticamente, lo que está tamizado por la razón. Frente a esto nos ha presentado el P. Marzal a un Llull perfectamente encuadrado en la corriente histórica y tradicional, conforme hemos comprobado antes. En ello encontrará Marzal la razón de la fuerza de la doctrina luliana, capaz de continuar y dejarse sentir a través de los siglos con todo el vigor que en los comienzos (76). Pero también, la elasticidad suficiente para acomodarse a lo nuevo.

Cambiamos, borramos y añadimos en la dialéctica de Aristóteles, afirmará Caramuel. Inventa nuevos silogismos y nuevos modos. Amplía la Lógica. Junto a la lógica tradicional, que llama «citerior», pondrá la «ulterior», la que contiene toda la doctrina modal nueva. Una tercera parte, «ultima et mere dialectica», la dedicará a la argumentación moral.

La tercera característica, atribuida por el franciscano mallorquín al cisterciense madrileño, es la *imprecisión*. Al referirse al «principio de concordancia» nos dirá Marzal, después de presentar un argumento caramueliano sobre la identidad, que el filósofo de Madrid pretende confundir a todos. No obstante, aparece clara su imprecisión, al discurrir con términos equívocos. Estima seguir la verdadera Dialéctica y niega indirectamente el fundamento de la misma (77). Más clara todavía aparecerá la imprecisión al hablar de las figuras del silogismo. Escribe el P. Marzal que, a veces, Caramuel llega a confundir las figuras con los modos (78).

Muchas veces las grandes innovaciones y alegatos de Caramuel no son sino simples apariencias. Tenués burbujas de jabón. La *inconsistencia* es la cuarta nota distintiva. Los argumentos caramuelianos son frágiles porque carecen de fundamentación objetiva, dado que son meras combinaciones de palabras (79). Sus

(75) C.D., pág. 325. Las citas podrían multiplicarse, pero las presentadas son claras y suficientes

(76) A este propósito cita Marzal unas palabras de Fr. Lucas de S. Isidoro, quien afirma que, según Cicerón, las doctrinas verdaderas cobran vigor y fuerza con los años, mientras que las falsas desfallecen. Según esta norma, la doctrina de Llull pertenece a las primeras, ya que cuando pensaron destruirlas, se ha levantado remozada, enriqueciendo los entendimientos con *nuevos tesoros*. (C.D., páf. 402).

(77) C.D., pág. 150.

(78) C.D., pág. 387.

(79) C.D., pág. 129.

reglas dialécticas son inestables y no pueden fundamentar una rígida Dialéctica, ni una verdadera Filosofía (80). Contra esto cita Marzal doce cuestiones y reglas del Arte de Llull, mediante las cuales se deduce un juicio de otro y se dirige el entendimiento a la verdad. En el carácter objetivo y no puramente formal, en el valor universal y demostrativo del pensamiento y no simplemente fenoménico y descriptivo, se debe fundamentar la Lógica. No se reduce a una serie de reglas para pensar bien, sino que su misión es fundamentar el pensar humano y el pensar científico. Esta es la postura del P. Marzal.

En relación con la lógica de Caramuel nos presentará Marzal un Arte luliano de carácter eidético y sentido operacional. Los puntos de contacto entre ambos filósofos se darán en el segundo miembro. Respecto al primero hemos visto ya las diferencias.

Para Marzal, Llull y Caramuel están de acuerdo en que la Lógica es técnica combinatoria.

Como técnica es, en primer lugar, una disposición *artificial* de los principios y reglas en tanto en cuanto se combinan en el alfabeto, figuras y tablas (81). Es por tanto una creación del Maestro Ramón para conseguir una mejor y más fácil penetración de las ciencias. De ahí deriva un cierto carácter didáctico y unas normas exigidas para la perfecta utilización de la misma. El artista debe saber el alfabeto, las figuras, las definiciones, las reglas, las tablas, su aplicación y combinaciones.

En segundo lugar es *instrumento* del saber. En este sentido no es más que un método para la reducción de lo general a lo particular, para la contracción de lo abstracto a lo concreto. Como todo método requiere unas condiciones psicológicas y otras lógicas. Las primeras dirigen el entendimiento a la consecución de la rectitud del pensar. Las segundas conducen el proceso discursivo a la consecución de la verdad (82).

(80) C.D., pág. 239 y 252.

(81) C.D., pág. 119.

(82) Siguiendo a Llull, el P. Marzal reduce a cinco las condiciones psicológicas para la rectitud del pensar. La primera es «attendere», es decir, juzgar atentamente sobre las posibilidades y puntos de vista de la cuestión. Para ello enumera Marzal una serie de preguntas disyuntivas. El segundo paso es «considerare». Quiere esto decir, investigar diligentemente los extremos del problema. Insiste el franciscano sobre otro grupo de interrogantes disyuntivos. En tercer lugar aconseja «redire», volver la mirada a lo general en donde se sitúan los extremos de la cuestión. Tal exigencia se fundamenta en la regla luliana de que «omnia specialia, et specialissima reducenda esse ad principia universalia, et per ista examinanda». Otro modo de proceder es el que llama «intendere». Consiste en «tender hacia». Dirigirse al meollo del asunto para penetrarlo profundamente, descubriendo las raíces últimas del mismo. Por último, «servare», conservar la conveniencia u oposición entre el problema y los medios.

De ahí emanan, afirma Marzal, diez instrumentos de saber: observación, composición, división, definición, localización, combinación, argu-

Es bastante claro el parecido de la clasificación marzaliana de estas reglas con las normas cartesianas «pour bien conduire sa raison et chercher la verité dans les sciences» de su Discurso del Método.

Tercero: Es *arte* de encontrar el *término medio*. Añade luego Marzal que «ista enim ipssissima est ars combinandi, et comparandi terminos» (83). Esta nueva característica es la más importante, pues implica el desarrollo de toda una silogística. Es el punto de contacto directo con Caramuel. Este y Ramón coinciden en la realidad de la técnica, difieren en la forma de llevarla a cabo. Mientras el primero discurre probabilísticamente, Lull lo hace demostrativamente.

Caramuel, en el afán de buscar el verdadero término medio, rechaza la silogística de Aristóteles y establece como paradigma ejemplar el que llama *silogismo formal*.

Este silogismo modelo, o «*forma platónica*», fue estructurado por Platón y usado por los antiguos. Es forma simplicísima y naturalísima, puesto que las proposiciones conservan, en la conclusión, el mismo orden que en las premisas, cosa contraria a la formulación de las figuras aristotélicas. Quiere esto decir que, en la conclusión, el extremo menor se predica del mayor; al contrario que en las figuras aristotélicas en las que sucede al revés. Sus anagramas correspondientes serían:

silogismo formal	primera figura aristotélica
H — A	A — V
A — V	H — A
H — V	H — V

En consecuencia, para Caramuel, que se cree reformador y ampliador de la Lógica, como él mismo dice, la «*forma platónica*» es el verdadero silogismo del que, por sucesivas metamorfosis, han salido las figuras aristotélicas. Tales transformaciones no son más que meros *anagramas* de términos y premisas, conservando siempre la misma conclusión.

mentación, traslación, rememoración, tradición. Toda una gama completa de metodología científica.

Las *condiciones lógicas* en orden a la consecución de la verdad son para Marzal cuatro. La «*definitio propia*», para distinguir un sujeto de cualquier otro, especificarlo y determinarlo. La «*differentia*», atribuyendo a cada sujeto las diferencias características. La «*concordantia*». Con ello se señala la imperiosa necesidad de no destruir la igualdad existente entre varios sujetos en la reducción. La «*nobilitas*». Si un sujeto es más noble o perfecto que otro deben atribuirsele más nobles principios. Esta característica es de neta raigambre luliana y constituye un elemento clave en la doctrina de Ramón.

(83) C.D., pág. 250.

	1	2	3	4	5	6
FORMA	H est A/A est V/Ergo: H est V					
Figura I	4	5	6/1	2	3/Ergo: H est V	
Figura II	6	5	4/1	2	3/Ergo: H est V	
Figura III	4	5	6/3	2	1/Ergo: H est V	

Por otra parte, es en el silogismo formal, según Caramuel, donde se da el verdadero término medio. Para serlo debe predicarse universal y afirmativamente del sujeto y subsumirse universal y afirmativamente en el predicado. Además, en la forma platónica se da el verdadero fundamento de la Dialéctica y de la Ciencia, puesto que la reducción de todos los modos puede hacerse estructurándose y discurrendo del extremo mayor al medio y de éste al extremo menor. Una y otra cosa no son posibles en las figuras aristotélicas. El proceso discursivo sigue este camino:

FORMA	FIGURA	
$\begin{array}{c} \text{H} \rightsquigarrow \text{A} \\ \text{A} \rightsquigarrow \text{V} \end{array}$	$\begin{array}{c} \text{A} \rightsquigarrow \text{V} \\ \text{H} \rightsquigarrow \text{A} \end{array}$	
<hr/> H — V	<hr/> H — V	(84)

La lógica de Caramuel es, pues, una lógica modal cuyo fundamento capital es la *reducción* de unos modos a otros. Es, diría, empleando terminología caramueliana, una combinatoria de anagramas desde los más imperfectos al silogismo perfecto o formal.

En relación a esta lógica Marzal formulará la *luliana*, cuya diferencia fundamental con la del cirterciense madrileño consistirá en que la lógica de Llull es combinatoria de principios.

Llull está conforme con Caramuel en varios puntos. Afirma Marzal que la «forma platónica» está implícita en el Arte luliano. En efecto, éste se funda en las cosas naturales avanzando de lo más conocido y familiar a lo menos conocido. Tal es también el desarrollo de la «forma platónica», yendo por grados sucesivos.

Notamos otra vez aquí una nueva concordancia cartesiana. La visión silogística de Caramuel y la interpretación lulista de Mar-

(84) Las flechas indican el proceso discursivo en ambos esquemas. Gráficamente, en el silogismo formal, el proceso, afirma Caramuel, va de la izquierda a la derecha, del S. al P., puesto que el S. es el primer término y el P. el último. En la figura de Aristóteles el proceso es inverso. Va de la derecha a la izquierda, del P. al S.; en consecuencia, como decía antes, en la conclusión hay una trasposición de términos.

zal desemboca en la IV Regla de Descartes, quien aconseja ordenar los pensamientos, comenzando por los más simples y fáciles de conocer, para ascender poco a poco, como por grados, hasta los conocimientos más compuestos.

Lo que no llegaron a comprender, ni el cisterciense madrileño ni el lulista mallorquín, fue la segunda parte del precepto cartesiano en donde formula, aunque oscuramente, una de las reglas más filosóficas que la lógica de las ciencias haya podido desarrollar. Nos pone de manifiesto el valor científico de la «hipótesis», al afirmar que incluso es preciso suponer el orden de los conocimientos que no se preceden naturalmente los unos a los otros. Es necesario trazarse anticipadamente el camino a seguir (85).

Respecto al valor del término medio establece Marzal una doble distinción. Considerado «quoad se» y estudiado «quoad nos». En el primer caso el valor del medio es el mismo, tanto en las figuras aristotélicas como en la forma platónica. En el segundo, «quoad nos», aparece más claro en la «forma platónica» que en las figuras aristotélicas. La razón aportada por el P. Marzal es que la «forma platónica» sigue un proceso racional uniforme, mientras que en las figuras aristotélicas se cambia constantemente. Por tal motivo se descubren más fácilmente los paralogismos en el silogismo formal que en las figuras de Aristóteles (86).

Esta primera distinción marzaliana lleva aparejada otra más radical y sobre la que se fundamenta la primera. La distinción en orden al ser y en orden al conocer.

Según Caramuel, la «forma platónica» y la figura aristotélica sólo se diferencian —el P. Marzal concuerda con tal opinión— por la mutación de las premisas. Entre las dos, por tanto, no hay más que una diferencia dialéctica. En consecuencia, al cambiar el orden de las premisas no hay una mutación óptica, el valor del medio «quoad se» no ha variado; sólo un simple cambio en el orden del conocer, «quoad nos». De ahí deduce el P. Marzal:

1.º En la figura aristotélica se conserva el orden del ser. Refiriéndose a los modos aristotélicos afirma, con palabras de Llull, que la proposición mayor es causa de la menor a la que antecede y la menor es consecuente de la mayor. Una y otra causan material y simultáneamente la conclusión y ésta causa formalmente las premisas. Si así no fuera y no se infiriese conclusión alguna, cuya posibilidad defiende Caramuel, no habría silogismo, dado que no existiría elemento formal. Las premisas no serían tales formalmente; sino sólo materialmente. Pongamos un ejemplo. Sea el silogismo según la primera figura:

(85) HENRI JOLY: *Obras clásicas de la Filosofía*, Madrid, 1948.

(86) C.D., pág. 95.

«Todo animal es sustancia
 Todo hombre es animal
 —————
 Todo hombre es sustancia»

En efecto, en orden al ser, es primero la unión del animal con la sustancia que la unión de ambos con el hombre a quien causan. Por esto, la proposición mayor onticamente es antecedente de la menor. Se va de lo que es primero en el orden del ser a lo que es ónticamente después. *Es un proceso discursivo de descenso.*

2.º En orden al conocer, puesto que se empieza de lo más conocido llegando a lo más abstracto, debe emplearse la «forma platónica». En ella se pasa del fin al medio y de éste al principio. De lo que es ónticamente después a lo ónticamente primero. En ello está el que la figura platónica sea más natural, más clara, más fácil. Siguiendo el ejemplo anterior tendríamos:

«Todo hombre es animal
 Todo animal es sustancia
 —————
 Todo hombre es sustancia».

Se ha invertido el orden de las premisas. Se ha pasado de lo más conocido, más a mano, «todo hombre es animal», de la unión del hombre con la animalidad, a la unión de ésta con la sustancia. De ambas a la unión del hombre con el ser sustancial, a lo menos conocido. *Tenemos así un proceso cognoscitivo de ascenso.*

Sobre la misma distinción insiste el P. Marzal al tratar de la demostración y del proceso demostrativo. Pone en relación la división de Caramuel en demostración «a priori» y «a posteriori» con la división luliana y escolástica en demostración «propter quid» y «quia». Afirma Marzal que «quid» significa siempre esencia. Es, por tanto, una demostración de esencia, está anclada en el orden del ser. Pero «quia» no significa causa, sino más bien un «porqué». No es una demostración causal ontológicamente considerada, sino la consecución intelectual de lo ónticamente primero, partiendo de lo «a posteriori». Es una explicación intelectual. Es una demostración en orden al conocer, «quoad nostrum modum concipiendi» (87).

Con estas distinciones el P. Marzal ha llevado la presencia de Llull a la lógica de Caramuel. Ha encuadrado el proceso luliano de ascenso y descenso del entendimiento humano en la reestructuración silogística del filósofo madrileño. Ha puesto de manifiesto su sincretismo filosófico y su eclecticismo armonizador.

(87) C.D., pág. 197.

Intenta, además de lo dicho antes, concordar la tercera demostración caramueliana, la demostración «ab aequali», es decir, «ab aliquo caractere concomitante», con la demostración luliana «per aequiparantiam». Más aún, presenta una división de la ciencia del P. Izquierdo basada en las divisiones de la demostración. La división del jesuita en «propter quid» y «quia» concuerda, afirma Marzal, con el pensamiento aristotélico; mientras que la división «a priori», «a posteriori» y «a simultaneo», está concorde realmente con la división tripartita de Llull.

El término medio es verdaderamente medio por su posición, afirma Llull, no cuando es generalísimo o especialísimo; sino mitad entre lo absolutamente general y lo absolutamente especial. Es el eslabón de enlace entre los principios generales y los datos concretos de la realidad, los seres individuales. Ahí está para Llull la fundamentación del silogismo: en la conjunción de los extremos con el medio, conservando siempre las condiciones de los términos.

Los extremos del silogismo luliano, interpretará el P. Marzal, no son simples términos dialécticos como lo son en el silogismo formal caramueliano, sino conceptos objetivos que se relacionan con el concepto *medio*, en razón de su universalidad. El extremo mayor es el más abstracto; el menor, el más concreto. Luego, en orden al conocer, el proceso silogístico parte del *término menor* del que se predica *el medio* en la mayor, para terminar en el *extremo mayor* que se predica del *medio* en la menor.

De nuevo, el P. Marzal ha intentado la síntesis luliano-caramueliana. Con ello ha puesto una vez más de manifiesto la regla luliana de que lo concreto debe reducirse a los principios universales en los que hallamos la razón de ser de lo particular. Del conocimiento de los seres llegamos a la realidad del ser. De la entidad primaria bajamos a la explicación de las cosas. *Los procesos de ascenso y descenso son, en consecuencia, lógicamente complementarios.*

La estructuración luliana es de tipo dinámico. Una combinatoria de principios de los que mediante otros —Medio— se deducen unos nuevos. Todo ello adquiere una expresión simbólica en el alfabeto, figuras y tablas.

La combinatoria luliana implica elementos materiales, elemento formal y expresión simbólica. El elemento formal pone en marcha todo el proceso lógico. Consiste en la exigencia de la conclusión, en la exigencia de explicar lo concreto, respecto a las premisas, en relación a los principios, respectivamente. De ahí que las reglas silogísticas no dependen de la voluntad ni del consenso de los lógicos, como afirman Caramuel y Marzal, pero sí dependen —lo niega Caramuel—, de la naturaleza de la cosa y de la necesaria conexión de los predicados esenciales y de la unión contingente de los accidentales.

Todo silogismo debe basarse, según el pensamiento luliano, en principios universales, necesarios y verdaderos. Su universalidad es doble. Universales en orden a su trascendencia y en razón de su primitividad (88). Los últimos son los que, siendo primeros en sí mismos, lo son también respecto a los demás. Son universales en razón de su trascendencia los que no tienen presupuesto alguno. En el segundo grupo establece Marzal una nueva distinción. Principios trascendentes o primeros en orden al ser y primeros en orden al conocer.

A los del primer miembro los llama Marzal «absolutos» (89). Los primeros en orden al conocer son generales sólo relativamente. Son siempre generales cuando se aplican, dado que están acomodados a los sujetos a que hacen referencia. Pero, y ahí está su relatividad, no son generales por razón de su propio ser (90); sino en razón de los sujetos a que hacen referencia (91). Tales principios, primeros y universales en orden al conocer, son, sin embargo, accidentales en orden al ser.

Estos principios son también necesarios. El silogismo es, dice Marzal, un argumento constituido por tres proposiciones verdaderas y necesarias, con necesidad distributiva, ya que ésta es la que contiene los principios fundamentales del silogismo (92).

El fundamento de todo razonamiento luliano son los principios primeros: absolutos unos, aplicables a todo; sustanciales otros, en cuanto se aplican necesariamente a las criaturas: «majoritas et minoritas, quae substantialia principia sunt, cunctis creaturis necessario conveniunt»; accidentales algunos dado que dependen de su referencia a los sujetos: «contrarietas naturalis, quae est principium accidentale, non convenit Angelis, neque coelis».

Tenemos otra vez aquí la célebre distinción luliano-lulista entre el orden del ser y del conocer, formulada ya más arriba como proceso de raciocinio, ahora, como base metafísica de aquella distinción silogística. Pues, cualquier razonamiento no es más que una aplicación de lo abstracto a lo concreto siguiendo los modos

(88) C.D., pág. 137.

(89) En el Arte de Llull se señalan nueve principios absolutos: Bonitas, Duratio, Potestas, Sapientia, Voluntas, Virtus, Veritas, Gloria. Junto a éstos, nueve principios respectivos: Differentia, Concordantia, Contrarietas, Principium, Medium, Majoritas, Aequalitas, Minoritas.

(90) C.D., pág. 137 y 138.

(91) C.D., pág. 105.

(92) Marzal entiende por necesidad distributiva la que afecta a todos colectiva y distributivamente y a cada uno en particular. En la proposición «Todo hombre es animal», p.e., existe tal necesidad, pues no hay hombre alguno del cual no se pueda decir que es animal.

silogísticos (93), sus condiciones (94), su especificación (95), a fin de no caer en error (96).

Junto a los principios están las reglas. Son precisas para que se hagan combinaciones con los términos dados.

Caramuel señala trece reglas. Seis generales, aplicables a todo silogismo, y siete propias del silogismo formal o de las transformaciones de las figuras aristotélicas en aquel. Según estas reglas deduce que, en cualquier figura, se pueden establecer dieciséis deducen que, en cualquier figura, se pueden establecer dieciséis combinaciones: Cuatro universales, cuatro particulares y ocho mixtas (97). Todas estas reglas silogísticas las resume Caramuel en el que llama «*Proteorema dialéctico*». Dice el enunciado: «Todo silogismo que se estructura con tal disposición de los términos, que en una forma semejante no se pueda dar un antecedente verdadero y un consecuente falso, es verdadero». La razón de ello debemos buscarla en que todas las leyes tienen una sola finalidad, la de que de un antecedente no se derive un consecuente falso. Precisa más todavía la regla general afirmando que todo silogismo debe ser claro, cierto, firme, conocido. Claro porque, si constase de términos equívocos o de desconocida significación, no podría formularse. Ciertamente porque de las premisas inciertas no se infiere conclusión alguna. Firme, de forma dialéctica (fórmula) constante. Conocido, porque es preciso dominar la técnica y leyes silogísticas.

Ramón Llull en su «*Logica nova*» enumera también nueve reglas, que llama *condiciones* (98), observables en toda figura del silogismo. Sin embargo, al estilo de Caramuel, igualmente aquí se reducen a una ley fundamental: «que ningún modo silogístico puede formularse si no se observan los principios generales de silogizar» (99).

Marzal está conforme en afirmar que la «forma platónica» se basa en estos principios generales. Todos y cada uno de los modos silogísticos pueden ser reducidos a ella mediante las reglas. Pero la Lógica no se reduce sólo a esto, no es simplemente de

(93) C.D., pág. 137.

(94) Pág. 362.

(95) Id., pág. 105.

(96) Id. pág. 77 y 83.

(97) Las combinaciones son éstas: Universales (AA; AE; EA; EE), Particulares (II; IO; OI; OO), Mixtas (AI; AO; EI; EO; IA; OA; IE; OE). Si prescindimos de las cuatro negativas (EE; EO; OO; OE) quedan doce combinaciones posibles en cada figura. En total, cincuenta y ocho. Junto a estas combinaciones señala las pertinentes a la materia contingente del silogismo. Enumera sesenta y cuatro.

(98) Se entiende por «condición» la forma mediante la que muchas cosas a un tiempo y en un caso existen necesariamente condicionadas.

(99) Según el P. Marzal, estos principios son el de concordancia, el de discrepancia, el de contradicción.

carácter dialéctico y formalista. Es el intento de buscar la verdad, sirviéndose de procedimientos dialécticos.

La preocupación de Caramuel se centra en poner de manifiesto la importancia del «silogismo formal». Por tal razón, un capítulo capital en la obra de Caramuel es el problema de la *reducción* de los modos aristotélicos a la forma platónica.

Distingue perfectamente entre *reducción* y *conversión*. La primera es el paso de un modo silogístico a la «forma platónica». La conversión es el cambio del consecuente y el antecedente para pasar de un modo a otro.

En la reducción se pone el término medio del silogismo a reducir entre los extremos y se procede, discurrendo del sujeto de la conclusión al medio y de éste al predicado. La conclusión es la misma en ambos silogismos. Veamos unos ejemplos:

Primera figura		Forma platónica
A es B		C es A
C es A	Reducción →	A es B
C es B		C es B

Segunda figura		Forma platónica
B no es A		C es A
C es A	Reducción →	A no es B
C no es B		C no es B

En la conversión se cambian los términos y se hace medio lo que era extremo y viceversa. Se procede luego del sujeto al medio y de éste al predicado, sacándose la conclusión pertinente.

Todo A es B		Todo A es B
Ningún C es B	Conversión →	Ningún C es A
Ningún C es A		Ningún C es B

Como puede comprobarse, sin apartarse totalmente ni excluir definitivamente la silogística tradicional, Caramuel introduce una nueva organización de los silogismos, ampliando así el campo a nuevas posibles combinaciones y modos. Operando sobre los mode-

los tradicionales, llega, en ocasiones, a fórmulas no representadas en ellos (100).

Para Marzal, son éstas puras combinaciones dialécticas, afirmando que Llull no habla de la reducción de los modos; sino que su intento es averiguar la verdad de las cosas mismas. Para ello se recurre en cada modo a los principios del Arte general, atendiendo a la conexión y conveniencia de los extremos con el medio.

La lógica caramueliana es para Marzal más limitada que la de Llull, pues aquélla se fija principalmente en el carácter instrumental de la silogística (101), la luliana afirma que las reglas dialécticas y, por tal razón las combinaciones, no dependen del simple cambio y posición de letras o términos; sino de la naturaleza de las cosas mismas. No son puras combinaciones dialécticas, exigen también verdad material.

Para mayor facilidad en el manejo del silogismo emplea Caramuel los símbolos. Mediante el «abecedario», por combinación multiplicativa de las letras, discurre la posibilidad de las criaturas. Por la síntesis de todas las letras en una vocal muestra el contenido eminential de todas las perfecciones de Dios en quien se contienen todas las diferencias de los entes posibles e inteligibles en perfecta unidad.

Comprobamos ahora la subordinación de la técnica combinatoria a una temática teológica. Toda la teoría de los símbolos y el mecanismo de combinaciones en juego ingenioso de conceptos y letras deja sentir aquí su influencia. Caramuel está así muy cerca de Llull y se sitúa en la corriente que enlaza al filósofo mallorquín con la moderna logística, pasando por espíritus matemáticos como Cusa, G. Bruno, Descartes y Leibniz. Llull también, en su alfabeto y en el círculo de la primera figura, suprime la letra «A», a la cual pone en el centro y en la que coinciden no sólo las consonantes, sino también las diferencias de las vocales, con las cuales se significa a Dios (102). Por tal razón, así como en el

(100) Con más o menos diferencias ya se había intentado el procedimiento de *reducción*. Según Couturat, en su obra «La logique de Leibniz d'après des documents inédites», 1901, hay que buscar el origen de la reducción indirecta en Pedro de La Ramee. Posteriormente a Caramuel, también Leibniz la empleó ampliamente. Conocía el filósofo alemán los modos subalternos BARBARI y CELARONT, de los que, junto a otros y con el nombre de «Modos secundarios» nos habla largamente Caramuel.

(101) C.D. Teniendo un anagrama como base, afirma Caramuel, basta cambiar las letras. Así, de la palabra MARE, se pueden sacar veinticuatro expresiones diferentes. (Pág. 124). Como el silogismo tiene tres términos y tomamos cada uno dos veces, bien universal, bien particularmente, y en las tres proposiciones ya afirmando, ya negando, es preciso que los anagramas se multipliquen (pág. 13).

(102) C.D., pág. 106.

nombre de IEOVA, dirá Caramuel, sólo se incluyen letras sustanciales (todas las vocales), con exclusión de las letras accidentales (las consonantes), así también en Dios se excluyen todos los accidentes con inclusión de todas las perfecciones.

Queda demostrada una vez más la postura armonizadora y ecléctica del lulismo de finales de los siglos xvii y xviii. La síntesis del P. Marzal pretende una aproximación e integración de la concepción tradicional con las nuevas formas de la Filosofía. Se aferra a los principios filosóficos defendidos por Llull y la Escolástica; pero también se apasiona por las variaciones silogísticas aportadas por Juan Caramuel. Por tal motivo apoyará su razonamiento con todas las sutilezas mentales necesarias para conseguir una perfecta acomodación de la teoría luliana del ascenso y descenso del entendimiento, método de razonamiento del Arte, y las combinaciones dialécticas de la silogística de Caramuel en su proceso de «reducción» de las figuras aristotélicas al silogismo formal o figura platónica.

S. TRÍAS MERCANT